



no habría luchas fratricidas. Pero esta ley, con dos mil años de existencia, necesita todavía de predicación, tan sobrehumana es y tan deshumanos son los hombres. Nuestros instintos primarios ofrecen una espesura impenetrable a la onda luminosa, venida de más allá del espacio y del infinito. La onda se exalta, reacciona, y en vez de luz celeste es fuego infernal. La teología se convirtió en mero filosofar y el verbo de Cristo en el grito de Marat. Se produjo la explosión fatal. La vieja Europa saltó en pedazos por el aire. Cristo ahora es el Anticristo; Bonaparte, el genio de la guerra y el genio social, el autor del Código que destruye el pasado y crea el futuro. Esta es la misión del Héroe. Pero, embriagado con su propia grandeza, la traicionó. Sin la comisión de ese pecado, ¿adónde llegaría? Produce vértigo el pensarlo. Su estatua se levantaría tan alta en el corazón de la vieja Europa que golpearía con su frente la luz del sol. Durante la noche brillaría su perfil como si estuviese incandescente. Pero toda ascensión lleva incluida la caída. Se nace para morir. Desde el día original andamos buscándonos, buscándonos a nosotros, que somos ilusión pasajera. Gastamos una eternidad por culpa de un minuto. Para el hombre nada vale la eternidad parada al borde del camino, sino el tiempo que vuela.

Bonaparte desenvaina la espada de arcángel, corta de relámpagos el cielo italiano, el faraónico y el bíblico, y se sienta, cual Júpiter cansado, en una cátedra, con el nombre de Napoleón. Engorda, sueña con fundar una dinastía, quiere un hijo. Y entonces su estrella palidece, ofendida. Le desagrada la archiduquesa María Luisa. La sangre de la estrella napoleónica no es azul, es roja. "Me equivoqué—dijo en Santa Elena—, porque era únicamente un hombre". Y esto lo decía en la isla, admirado de lo que había hecho no siendo más que un hombre. El que se admiraba no era él, sino el dios que fué en otra edad antigua más hermosa, y que en ciertos momentos se le aparecía, en la angustia del destierro, atravesando las íntimas negruras, destacando las áureas facciones.

El que es hoy, ya fué. El cuerpo vivo deja, caminando para

el tómbulo, un rastro de cadáveres. Fallece y resucita a cada instante de un modo relativo, hasta alcanzar el absoluto. Pero lo alcanza en la muerte, no en la vida, por la ley del menor esfuerzo. Acostado es la posición más cómoda. De aquí deriva la gran tragedia: la debilidad de la fuerza, la cobardía de los héroes, la sensualidad de los místicos, la estupidez de la inteligencia y otras contradicciones de la Naturaleza.

Nos equivocamos por inocencia intelectual o locura de la voluntad, o víctimas de un conflicto entre la razón y el corazón. Y el hombre es lo que su destino manda, la potestad que los propios dioses obedecen, según cantaba un poeta pagano. El destino es el propio hombre.

Napoleón es el ser humano por excelencia, llegando al campo de la Historia con todo su poder zoológico y bíblico, toda la herencia darwinica y adámica, una fantástica y otra natural. De aquí el misterio de su alma, la más compleja trama psicológica urdida en un vientre femenino, el máximum de energía vital anidada en un esqueleto: energía negativa y afirmativa, intelectual y sentimental, rectilínea y curvilínea. La traducción geométrica del valor es la línea recta. La curva es el símbolo de la prudencia. Y de la cobardía. Los actos de Napoleón participaban del instinto orgánico, biológico, y las ideas brillaban como estrellas en su cerebro. Un astro asciende y apaga la oscuridad. Como el "Saturno" del Ticiano, esa imagen terrible de un creador omnipotente que devora sus criaturas para alimentarse; ingiere hijos muertos para vomitarlos vivos, una existencia de pesadilla monstruosa.

Su inteligencia excesiva comprendía demasiado las cosas, que se le figuraban insignificantes. Veía como nadie la realidad, y por eso la despreciaba... Pero lo que es virtud en un filósofo puede ser yerro en un político; el político debe atender a todo y aprovechar el valor de las nulidades. Muchas veces de la pequeñez de la causa resulta la grandeza del efecto. El alma es hija de cosas insignificantes, del ridículo mismo. No hay alma que le huya a la sed del ridículo. La panza de Sancho y la calavera de Don